

Benedicto XVI y Ramón Acín



La **Fundación Ramón y Katia Acín** se congratula de la visita del señor Ratzinger, cuyo puesto apostólico es el de Papa de los cristianos católicos y, políticamente, jefe del estado Vaticano.

No nos congratulamos tanto de sus palabras.

Ramón Acín, ateo, tuvo sus más y más sus menos con la iglesia católica. De sus bombarderos escritos de juventud pasó a una actitud menos agresiva pero igualmente crítica. Sus santidades no parecen haber hecho lo mismo.

Así que, rindiendo homenaje a la visita, os mostramos este material.

Un artículo publicado por Ramón es de 1913. Acín entra en la redacción de la revista "**La Ira**" - **Órgano de expresión del asco y de la cólera del pueblo**-, fundada por Ángel Samblancat, Federico Urales y el propio Acín entre otros.

Es precisamente en "La Ira", revista de la que solamente vieron la luz dos números, donde Acín publica sus primeros artículos conocidos. En el primer número escribe "*Id vosotros*", violento manifiesto antimilitarista y diatriba feroz contra los *soldados de cuota*, aquella simonía secular legislada en 1912 que posibilitaba a los jóvenes adinerados comprar, por 2.000 o 1.000 pesetas de la época, la bula que reducía un servicio militar obligatorio de tres años a cinco u ocho meses, respectivamente, evitando de esa forma el envío de los afortunados a la sangrante guerra con Marruecos.

El segundo número de "La Ira" estaba dedicado íntegramente al cuarto aniversario de la "Semana Trágica" de Barcelona por la que, entre otros, murió fusilado injustamente el pedagogo anarquista y fundador de la "Escuela Moderna", centro educativo laico e independiente barcelonés dirigido a la formación de los hijos de los trabajadores, Francisco Ferrer Guardia. Acín publicó en esta entrega de la revista el artículo "**No riáis**", amenazante proclama anticlerical de alto voltaje que, unida al encendido resto de contenidos, provocó el encarcelamiento de la redacción y el cierre de la revista:

El texto, publicado el 26 de julio de 1913 es el siguiente:

No riáis, agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas.

No riáis, los de los pies al aire con roña entre los dedos; los de los zapatones grandes y destartados; los de las botas lustrosas con hebillas relucientes; los de las barbas como anunciantes de específicos; los de las caras afeitadas como toreros, y ademanes de sarasa de cine; los de las narices grandotas, salpicadas de granos como puño de bastón claveteado; los de la nariz afilada como picos de ave de rapiña; los del burdo sayal cuyo tosco tejido es nido de porquería; los de la sotana mugrienta manchada como trapo de cocina; los del manteo de rico merino como el manto de viuda joven; los del cordel de cáñamo, que hoy es cinturón y mañana convertiremos en dogal; los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalaros en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de la Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para ponéroslos postizos, engarzados en oro, y poder sonreír delante de las señoronas que os visitan; los que tiráis como desperdicios en vuestras cocinas lo que fue el único alimento de vuestros fundadores; los que quemasteis las antiguas cruces de madera para fundir la plata de los modernos crucifijos que os regalan

vuestras clientes de confesionario; los que dejasteis de hacer rosarios debajo de un árbol de amable sombra y junto a una fuente de clara agua para instalar fábricas de licores y chocolates.

No riáis, no riáis con vuestras bocazas grandes con dientes carcomidos, por donde eructan vuestros estómagos ahítos; no riáis agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, carmelitas, jesuitas, que no siempre el humo que salga por vuestras aspilleras, por vuestras rejas, por debajo de vuestras puertas blindadas, por los respiraderos de vuestros subterráneos, no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos.

Decía Ramón en 1928, quince años más tarde:

"El primer número cayó como una bomba; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevarnos al manicomio o a la cárcel, son palabras suyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevarnos a la cárcel; si sale el tercer número, ya en prensa, ipum, pum!, nos fusilan, con trinos de dulces pajaritos, en mitad de la Rambla de las Flores. Desde luego un bello morir, mas mejor es poderlo contar". (Ramón Acín. "El Alto Aragón en Barcelona. Unas palabras de Ramón Acín". El Diario de Huesca, 26-02-1928)

Félix Carrasquer *alumno* de Acín *en todo*, recogió unas palabras de su maestro:

"Cuando yo tenía la edad que ahora tú tienes, junto con Samblancat y otros amigos sacamos en Barcelona, allá por el año 1913, una publicación intitulada "La Ira". Ya puedes deducir por el simbolismo de esta palabra cual sería el contenido de nuestro anhelado periódico, del que nos servíamos para poner en la picota injusticias, abusos y cuantos males sociales llegaban a nuestros oídos; pero no es de esto de lo que hoy me reprocho. Me entristece, eso sí, el recuerdo de aquel lenguaje; un lenguaje



insultante, impregnado de agresividad y casi en los lindes de lo grosero y soez algunas veces. Equivocadamente creíamos en nuestro «sublime» papel de agitadores cuando sólo éramos pobres seres agitados por un impulso incontrolado que restaba valor informativo al mensaje y descalificaba a quienes lo emitían. Te cuento esto por si de algo puede servirte el fruto de mis experiencias y reflexiones; porque aun admitiendo que pueda ser cierto lo de que "nadie escarmienta en cabeza ajena", he pensado que tratándose de un joven inquieto como tú, deseoso de ver incrementado el nivel cívico y cultural de su pueblo y que al mismo tiempo participa con ilusión en el proyecto libertario, entenderá a la perfección que con nuestra expresión violenta e incongruente, lo que conseguíamos era asustar a la gente y suscitar su rechazo hacia los ideales de liberación y de solidaridad humana que decíamos defender. A mí me parece que es más rentable y a la vez susceptible de aportarnos íntima satisfacción, intentar atraernos a las gentes por la fuerza de nuestros razonamientos, que expuestos con ademán seguro y resuelto pero exento de nerviosismos y estridencias y permaneciendo abiertos siempre al diálogo con todo el mundo, nos harán acreedores a la confianza y respeto de quienes no nos comprenden todavía y habremos ganado la batalla al egoísmo y a la indiferencia que predominan por doquier." (Félix Carrasquer. "Recordando a un oscense ejemplar". Catálogo Exposición de Ramón Acín (1888-1936), pgs. 33-39, 1988)

Aprendida esa lección, Acín, sin abandonar sus planteamientos radicales, a los que no renunció jamás, supo confeccionar un periodismo pegado a los lectores, exento de mesianismos y accesible, que fue muy bien recibido por el público.

Su amigo de infancia y compañero de ideas Felipe Alaiz describe con maestría esa técnica a vuelta de dobladillo practicada por Acín.

Acín y yo éramos de Bakunin, y no rebajábamos ni un ápice. Pero Ramón tenía una virtud persuasiva capaz de desentumecer un obispo. Se enfrentó casualmente en cierta ocasión en Huesca con uno de los más entrometidos obispos y le empezó a hablar de la santidad de Bakunin con palabras enteras y firmes. El obispo no sabía nada de Bakunin y quedó deslumbrado al conocer a un santo completamente nuevo para él. Enterado el prelado días después por un jesuita de quién era Bakunin, profesó desde entonces a Acín un odio completamente episcopal.

Recuerdo el relato que me hizo el propio Acín de su entrevista con el prelado, entrevista debida al azar.

— *"Tenía el obispo fama de santo, pero era tan gordo como una cuba y no había manera de identificar a tan sesudo varón con la santidad, incompatible ésta con los noventa kilos. Me habló del padre Vicent, una especie de «manager» de los obispos organizadores de los sindicatos católicos y le dije que aquel padre Vicent era un cruzado sin*

cruz... Una santidad de noventa kilos como la del obispo creyó que yo hablaba del cruzado sin cruz en tono irreverente y me dijo que los descreídos éramos unos bromistas, que nos zafábamos de la discusión con una frase ingeniosa, pero que sentíamos resistencia a enfrentarnos con problemas serios. Yo repliqué entonces muy serio que ninguna culpa tenía el jesuita Vicent de que los obispos poco serios lo tomaran en serio cuando el mismo Vicent no se tomaba en serio al hablar y escribir contra la anarquía sin saber lo que era, demostrando con ello una desesperante falta de seriedad. Le cité libros de Vicent y añadí que se puede estar en contra o en pro de las ideas anarquistas pero sabiendo lo que son... Entonces fue el prelado el que empezó a bromear y yo corté repentinamente el diálogo con aquel mastuerzo lo suficiente torpe, ignorante y plebeyo para ser obispo”.

Éste era Acín. Iban acusándose en su rostro los trazos gruesos. En la estrechez alargada de su faz morena apuntaban ya unas patillas ochocentistas. Yo le decía que parecía un guerrillero del tiempo de Espoz y Mina, un contrabandista de Merimée o un calesero Borrow. Su delicadeza no la he visto superada por nadie para afrontar discusiones penosas. Desvanecía cordialmente cualquier enojo de buena persona. A las malas personas las desorientaba con una lógica abierta que sabía reírse imperceptiblemente cuando el antagonista iniciaba la retirada como la inicia un atropellaplatos.

Acín tenía una vocación decidida por lo que en el Alto Aragón llaman risalleta. La risalleta es la media risa. Podríamos decir que es la risa pensada, estilizada, aséptica, racionalizada, no insistente en exceso ni malévola como defecto o superávit. Es un pensamiento dibujado, la boca a medio abrir y en los ojos no siempre malignidad. (Felipe Alaiz. “Vida y muerte de Ramón Acín”, pgs. 16-18 . 1937)

Acín, como muchos, muchos otros, no quemó iglesias. Apostó por una sociedad libre, sencillamente libre, en la que las personas dirigieran sus vidas sin ecos supracelestiales.

La *verdad absoluta*, ahora que en los sermones se habla del relativismo, mata. Ha matado en casi todas las religiones. Y en todos los totalitarismos.

La **Fundación Ramón y Katia Acín** aboga por la libertad de las personas para pensar y actuar. Libertad que significa, como siempre, respetar las opciones distintas y que se dirimen en algo tan sustancial como la democracia. Algo diametralmente opuesto a la Inquisición, de la que el señor Ratzinger fue director.

